

**CUENTO N° 77**

**TITULO: DESCANSO SIN PAZ**

**SEUDONIMO: PANGOLÍN**

**AUTOR: JAIME FRANCISCO GONZÁLEZ FABRES**

Yacía cubierto con unas pocas hojas de diario en plena vereda cerca del acceso al hospital San José, rodeado de un grupo de curiosos, sin otro afán que matar el tiempo y elucubrar confusas hipótesis sobre lo sucedido con ese pobre infeliz la noche anterior.

El variopinto grupo de mirones se renovaba cada tanto; unos regresaban a la monotonía de sus quehaceres habituales y otros se incorporaban atraídos por el morbo o en busca de una oportunidad de esquilmar algún incauto.

Una suave brisa otoñal permitía vislumbrar de vez en cuando sus ropajes negros y ajados, como de épocas pretéritas, lo que hacía presumir que podría tratarse de un buitre de alguna funeraria cercana, o simplemente de un indigente.

Algunos creían haberlo visto merodeando por el barrio; otros apostaban por un ajuste de cuentas entre narcos y burreros. El dependiente de una fuente de soda cercana creyó recordarlo como un parroquiano, noctámbulo, estrafalario, pero muy quitado de bulla.

Pocos días antes, un extraño personaje fue visto vagando por el Cementerio General, luego de una manifestación de protesta que alteró la paz habitual de los moradores de ese recinto, llegando incluso a penetrar vetustos mausoleos y profanar algunas tumbas, en su afán destructor. Se le veía muy desorientado, al decir de los guardias que

observaban, impotentes y resignados, como el vandalismo se apoderaba del lugar.

Entre los manifestantes de ese día, destacaba por la vehemencia con que exigía sus derechos, un encapuchado de delantal blanco, cuya colorida pancarta lo identificaba como estudiante de Medicina del J. J. Aguirre. Tal era su ímpetu, que logró evadir ágilmente la acción policial que intentaba impedir, sin mucho éxito, la destrucción de bienes patrimoniales del camposanto.

Pocos pensarían que tal estudiante provenía de una tradicional familia de médicos, cuyo bisabuelo, inmigrante europeo, era reconocido como una eminencia a mediados del siglo pasado. En sus largas horas de estudio, el rostro adusto de su antepasado lo observaba con indiferencia desde el retrato que colgaba frente a su escritorio. Tenía grabada en su mente la elegante levita negra, elegida con esmero para posar lo más solemne posible, que no ocultaba un número tatuado en su mano derecha, recuerdo perenne de su paso por un campo de concentración nazi.

Al cabo de un rato, se hizo presente en el lugar una patrulla, cuya ululante sirena y baliza roja encendida fueron suficiente incentivo para la paulatina disolución del grupo de curiosos, dando paso a la intervención de los apáticos funcionarios del vecino Servicio Médico Legal, quienes procedieron a levantar el cuerpo como si solo se tratara de un artilugio en desuso.

Como un NN, al igual que muchos otros indocumentados, que ningún familiar reclama, fue depositado sobre una bandeja metálica en una

fría cámara subterránea, en espera de ser un aporte a la ciencia médica, y quizás así obtener el reconocimiento social que en vida le fue tan esquivo.

En efecto, al poco tiempo, un grupo de alumnos del curso práctico de anatomía, se veía enfrentado a la solemne y difícil tarea de descubrir por primera vez su nuevo material de estudio, ante la vista atenta del profesor.

Y he aquí nuestro estudiante, sin el desplante ni la audacia exhibida en sus correrías por el cementerio, visiblemente nervioso, al punto de sentir un sudor frío en la espalda y un ligero temblor de rodillas.

Llegado su turno de intervenir, debe retirar la sábana que cubre uno de los antebrazos del cadáver, dejando al descubierto una mano cerúlea con una extraña marca que lo deja momentáneamente hipnotizado; no logra articular palabra y cuando despierta ve que sus compañeros lo rodean haciendo bromas sobre su cobardía.

FIN

